

Cuando en 1983 la Universidad Autónoma de Aguascalientes comenzó a participar en el campo académico de la comunicación en México, se habían sentado ya las bases institucionales para fomentar en el país el intercambio de experiencias y de recursos académicos y la cooperación interinstitucional e incluso internacional que en la década anterior, al comenzar la multiplicación de programas universitarios para la formación de “comunicadores”, se había establecido para contrarrestar la fuerte tendencia a la competencia entre instituciones y entre sectores, pues eran muy marcadas por entonces las diferencias entre universidades públicas y privadas, en el contexto de la expansión de la educación superior.

El Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC), instituido como asociación civil en 1976, nació precisamente porque los directores de las carreras de comunicación de la Universidad Iberoamericana (donde se había fundado el primer programa de la especialidad en el país en 1960) y de la Universidad Anáhuac (que había ubicado su oferta, a partir de 1970, en el mismo espacio socioprofesional),

<sup>1</sup> Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Guadalajara. Profesor-investigador del Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO y del Departamento de Estudios de la Comunicación Social de la U de G. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, Nivel III y de la Academia Mexicana de Ciencias. [raul@iteso.mx](mailto:raul@iteso.mx).

acordaron convocar a sus homólogos en la zona metropolitana de la ciudad de México, pero también en el resto del país (donde había ya más escuelas que en la capital) para tratar de compartir lo que se había experimentado como una “problemática común”, compleja y desafiante y buscarle soluciones más generales, eventualmente de escala nacional.

En la fundación del CONEICC concurrieron 14 instituciones: seis de la zona metropolitana de la ciudad de México y ocho de otras ciudades del país (Chapingo, León, Gómez Palacio, Monterrey, Veracruz y Guadalajara); cuatro instituciones públicas (el Colegio de posgraduados, la UAM Xochimilco, la UANL y la Universidad Veracruzana) y ocho privadas (<http://www.coneicc.org.mx/>). Pero la multiplicación de programas apenas comenzaba: además de las 14 instituciones fundadoras del CONEICC, operaba ya la Universidad Nacional, cuya Licenciatura en Periodismo, instituida en el año 1951, fue convertida en Comunicación en el año 1976. A un ritmo cada vez más acelerado, se abrían cada año nuevos programas, tanto en México como en América Latina. La Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS) se constituyó en el año 1981 y dos años después, en su primer diagnóstico sistemático, dio cuenta de 174 escuelas en veinte países, de las que casi dos tercios estaban concentradas en Brasil (71) y en México (42) (FELAFACS, 1983).

A partir de mediados de la década 1980, cuando comenzó a hablarse de nuevas tecnologías de la información y la comunicación y de saturación de mercados profesionales, los diagnósticos sobre la enseñanza de la comunicación fueron agregando matices y dimensiones, pero sustancialmente no han variado. Se repite desde entonces la preocupación por el crecimiento geométrico del número de programas y estudiantes; la indefinición del objeto de estudio; las insuficiencias en la profesionalización de los egresados y la diferenciación de perfiles; la falta de diagnósticos sobre las necesidades sociales de comunicación en los diversos entornos regionales y locales; el distanciamiento de la formación teórica; la investigación y la capacitación técnica; la circulación de información académica y bibliográfica; la escasez de laboratorios y talleres y de personal docente en el número y calidad requeridos. Llama la atención que en 1983 se considerara que:

Entre las tareas que parecen más urgentes están la sistematización y difusión de los estudios realizados en y sobre la comunicación latinoamericana, y el fortalecimiento de los vínculos internos a través de foros de discusión, intercambio de publicacio-

nes y recursos, y la realización coordinada de proyectos de interés común (FELAFACS, 1983: 33).

Más recientemente, FELAFACS intentó diagnosticar un universo de instituciones que, en menos de treinta años, se había multiplicado por diez, pues se identificaron 1,742 programas formativos, aunque a pesar del apoyo de la UNESCO se lograron encuestar sólo 192 de ellos. A pesar de la alarmante escasez de información y de contextos para interpretar los datos recabados, el informe afirma que:

La heterogeneidad caracteriza la calidad de enseñanza en los países de la región, como al interior de ellos mismos. El carácter público o privado de las instituciones de enseñanza tiende a marcar significativamente la calidad de la formación de comunicadores y periodistas. Las universidades públicas parecen mantener el prestigio ganado con los años invertir en investigación, aunque en muchos casos se encuentren muy masificadas y en constante crisis; mientras las privadas –sobre todo las que se orientan a la profesionalización– tienden a invertir en equipos e infraestructura, descuidando muchas veces el área académica. (FELAFACS, 2009: 13)

El informe contiene acercamientos analíticos muy heterogéneos, especialmente deplorables en el capítulo dedicado a Brasil y en la síntesis más general; probablemente debido a que el énfasis se centró en los procesos de acreditación, es decir, en aspectos administrativos, y no en una evaluación más completa de la calidad de los procesos formativos. Para México se identificaron 1,006 programas operantes a nivel de licenciatura, y en el capítulo correspondiente se advierte que “los criterios de calidad que se identifican en las instituciones mexicanas de enseñanza de la comunicación no necesariamente tienen que ver con el hecho de si están acreditadas o no” (FELAFACS, 2009: 71). Sin embargo, en el plano general de América Latina:

Llama la atención que resulta poco frecuente que los centros de enseñanza conozcan a cabalidad las demandas del mercado, los intereses académicos de los estudiantes, y que logren actualizar sus planes curriculares acorde a ello. Más bien, lo que pareciera existir es una fuerte competencia entre centros de enseñanza de diversa calidad educativa, preferentemente en los niveles de pregrado y maestrías, ya que resulta escasa la oferta educativa de doctorados en comunicación y periodismo en Latinoamérica (FELAFACS, 2009: 13).

El desarrollo de posgrados en comunicación tiene por supuesto su propia historia, que al menos en México, no parece estar relacionada directamente con la problemática de las licenciaturas, aunque evidentemente en una perspectiva de campo académico las implicaciones mutuas son múltiples. Pero los proyectos disponibles para diagnosticar las licenciaturas y los posgrados en comunicación en América Latina (Vassallo de Lopes, 2012) son, en todos sentidos, divergentes y remiten a contextos interpretativos diferentes, como el de la Ciencia en el mundo:

Los estudios de la comunicación son un campo de investigación relativamente nuevo. Tienen algunos de los rasgos de un campo transdisciplinario e interdisciplinario; sin embargo, recientemente han adquirido mucha de la parafernalia institucional y profesional de una disciplina académica, incluyendo crecientes ofertas de cursos universitarios, lo cual resulta en un número mayor de académicos contratados, departamentos en universidades, asociaciones profesionales nuevas y conferencias. Actualmente 'comunicación' es identificada como una categoría separada en las bases de datos bibliográficas de ciencias sociales como el *ssci Thomson Reuters*, y el número de artículos publicados en esta categoría muestra una tendencia a aumentar. Incluso esto puede no reflejar el número aún mayor de libros de texto publicados anualmente en este campo (UNESCO-ISCC, 2012: 204).

Sin embargo, nuevamente, es preciso relativizar afirmaciones como éstas, pues "las diferencias entre regiones y países en el estatus de la investigación de las ciencias sociales no podrían ser mayores" (UNESCO-ISCC, 2012: 53). Datos de la década pasada indican que 90% de las instituciones de educación superior en América Latina "no producen ningún tipo de investigación, mientras que más de dos tercios de todos los programas de posgrado se ofrecen en las universidades públicas de Brasil y México", y ahí es donde se efectúa la mayoría de las investigaciones (UNESCO-ISCC, 2012: 53), incluyendo las de comunicación, con amplia ventaja en esta área para la producción brasileña sobre la mexicana.

Lo anterior vuelve a poner en el centro de la atención un concepto (y una concepción) que hace tres décadas formaba parte importante del discurso gubernamental mexicano: la regionalización. La *New Encyclopaedia Britannica* (1990: 1003) presenta el concepto de región de la siguiente manera:

En las ciencias sociales, un área coherente que es homogénea según criterios de definición selectos y se distingue de las áreas o regiones vecinas mediante esos criterios. Es un constructo intelectual creado por la selección de rasgos relevantes para un problema en particular y la exclusión de otros rasgos, que se consideran irrelevantes. Una región se distingue de un área, que es usualmente un concepto más amplio que designa una parte de la superficie de la Tierra. Las fronteras de un área son arbitrarias y se establecen por conveniencia. Las fronteras de una región son determinadas por la homogeneidad y la coherencia de la sección.

Esta definición de región supone, de entrada, un referente territorial geográfico y una operación de construcción de objetos de estudio basada en la selección de rasgos pertinentes de ese referente, por lo que sobre una misma área o porción territorial pueden construirse diferentes regiones, según los criterios de selección de rasgos pertinentes que esa operación constructiva adopte. A partir de este planteamiento, en apariencia simple, se pueden proponer dos discusiones conceptuales que eventualmente permitirían avanzar en el desarrollo de marcos teórico-metodológicos adecuados para la investigación de factores culturales y comunicacionales en las regiones de México, o más particularmente, para ubicar los cambios contextuales en y ante los que se ha ubicado el trabajo de la Universidad Autónoma de Aguascalientes en la región centro-occidente y en este campo académico.

La primera discusión tiene que ver con la consideración de la dimensión tiempo en su articulación con el espacio, coordinadas de toda interacción humana, siguiendo la argumentación de la teoría de la estructuración (Giddens, 1984) y su concepto de “regionalización”. La segunda remite a los criterios de selección de los rasgos pertinentes para la investigación de fenómenos socioculturales y las particularidades de algunos de éstos en la constitución de identidades reconocibles en una región. Se concluye con una contrastación de los conceptos de regionalización y de globalización para la construcción de objetos de estudio de la comunicación. Dado que ni los intereses ni las competencias del autor se centran especialmente en los estudios regionales, esta discusión no pretende más que situarse en un plano elemental, que eventualmente aportará algún elemento de reflexión interesante a los investigadores orientados a la construcción de este género de objetos de estudio, que parecen haber sido relegados prácticamente hasta el olvido en los últimos años.

La teoría de la estructuración de Giddens propone la rearticulación de las dimensiones espacio-temporales en la consideración, tanto teórica como empírica de las relaciones entre la agencia o interacción humana y la estructura social. Las tres modalidades de la estructuración (esquemas interpretativos, recursos y normas) que integran las relaciones entre interacción (comunicación, poder y sanción) y estructura (de significación, de dominación, de legitimación, respectivamente) no sólo suceden en el espacio-tiempo, pues “los agentes incorporan rutinariamente los rasgos temporales y espaciales de los encuentros en los procesos de constitución del significado” (Giddens, 1984: 29). De esta manera se explica, en su fundamento más general, la estructuración de los órdenes institucionales simbólicos (o culturales), económico-políticos y legales.

Dado entonces, que “las estructuras de significación deben captarse siempre en articulación con la dominación y la legitimación” (Giddens, 1984: 31), el estudio de la comunicación desde la teoría de la estructuración no puede ni desmaterizarla ni deshistorizarla, aislándola de la práctica del poder y de la moralidad. Formulaciones como ésta permiten suponer una posibilidad extremadamente promisorio de comprensión sistemática de la comunicación, que parece mucho más propicia para articular su estudio con el de las demás dimensiones y procesos transversales de las prácticas socioculturales. Por regionalización, en este contexto teórico que trata de responder a la heterogeneidad en los sistemas sociales, Giddens entiende “la diferenciación temporal, espacial o espacio-temporal de regiones dentro o entre localidades [locales]” (1984: 376). La localidad es a su vez “una región física involucrada como escenario [*setting*] de la interacción, que posee fronteras definidas que contribuyen a concentrar la interacción de una u otra manera” (1984: 375).

Pensar (u observar) las relaciones sociales en términos de procesos de regionalización es central para la teoría de la estructuración como teoría social (o sociocultural), ya que permite superar las constricciones conceptuales impuestas por la división de disciplinas que opone a la sociología o la ciencia social con la historia, por una parte, y con la geografía, por otra. Giddens propone una rearticulación teórica tal (1984: 355-372), que establece la posibilidad (y la utilidad) de una mediación. Por ejemplo, entre los aportes geográficos de Hägerstrand (en Giddens,

1984: 110-119) y los históricos de Braudel (en Giddens, 1984: 362-368), así como entre la micro y la macrosociología (Giddens, 1984: 139-145), o incluso entre su propia interpretación y la de Foucault (en Giddens, 1984: 145-158) sobre la espaciación y la temporalización de la interacción humana.

Muchos de los estudios disponibles sobre las regiones en México sobreenfatan o la dimensión territorial-espacial, o bien la temporal-histórica. La relevancia atribuida a los factores de la interacción social es obviamente variada, aunque tienden a predominar todavía los estudios que privilegian factores económicos. La emergencia de una ciencia regional orientada a la planificación del desarrollo, en sus muy diversas tendencias y modalidades, explica en buena medida el desplazamiento de preocupaciones conceptuales por criterios más bien técnicos y políticos, así como el énfasis en las relaciones entre variables macro y microeconómicas, aunque no por ello se han abandonado del todo las definiciones teóricas. Por el contrario, se puede documentar una constante discusión (se diría que entre académicos y técnicos) en diversos campos disciplinarios sobre los criterios de definición de las regiones.

Pero como señaló hace ya más de dos décadas Martínez Assad (1990), entre los estudios regionales en México sigue prevaleciendo una relativa escasez de trabajos sobre dimensiones culturales de la regionalización, no obstante que trabajos como los de González y González (1983), García Canclini (1990) o Giménez (1999; 2003) han contribuido a sostener la pertinencia de enfoques más integrales alrededor de los conceptos de tiempo, espacio y relaciones sociales, así como de territorio:

Los territorios culturales, frecuentemente superpuestos a los geográficos, económicos y geopolíticos, resultan [...], de la apropiación simbólico-expresiva del espacio. Los geógrafos, los historiadores y los economistas suelen prestar escasa atención a la dimensión cultural del territorio. Sin embargo, esta situación ha comenzado a cambiar a partir del surgimiento reciente de la llamada *geografía de la percepción*, estrechamente asociada a la *geografía cultural*, que concibe el territorio como lugar de una *escritura geosimbólica* (Giménez, 1999: 31).

Desde ahí, Giménez establece tres dimensiones en la relación entre cultura y territorio: en la primera, el territorio constituye por sí mismo “un espacio de inscripción de la cultura, y por lo tanto equivale a una de sus

formas de objetivación”; en la segunda dimensión, “el territorio puede servir como marco o área de distribución de instituciones y prácticas culturales espacialmente localizadas”, y finalmente en una tercera dimensión,

[...] el territorio puede ser apropiado subjetivamente como *objeto de representación y de apego afectivo*, y sobre todo como *símbolo de pertenencia socio-territorial*. En este caso los sujetos (individuales o colectivos) interiorizan el espacio integrándolo a su propio sistema cultural. Con esto hemos pasado de una realidad territorial “externa” culturalmente marcada a una realidad territorial “interna” e invisible, resultante de la “filtración” subjetiva de la primera, con la cual coexiste. Esta dicotomía –que reproduce la distinción entre formas objetivadas y subjetivadas de la cultura– resulta capital para entender que la “desterritorialización” física no implica automáticamente la “desterritorialización” en términos simbólicos y subjetivos (Giménez, 1999: 34).

Giménez desprende de aquí su concepto de “región socio-cultural”, que no puede considerarse operativa “más que a través de los actores sociales que la portan (*agency*)” y por tanto “la cultura sólo puede proyectar su eficacia por mediación de la identidad” (Giménez, 1999: 48).

#### IDENTIDADES SOCIOCULTURALES, REGIONALIZACIÓN Y MEDIOS DE DIFUSIÓN

En el campo de la investigación de la comunicación en México, los acercamientos más destacados a los procesos de regionalización se concentraron sobre todo a fines de los años ochenta y principios de los noventa. Sánchez Ruiz (1990) señaló con claridad tanto la escasez como la pertinencia de estos enfoques en un contexto de descentralización (Sánchez Ruiz, 1987); Fernández Christlieb (1991) impulsó proyectos de reconocimiento académico de los entornos comunicativos regionales en cuanto al desarrollo histórico de los medios de difusión. En su estudio sobre la radio regional, asentaba que:

En el desarrollo de la radio regional no hay procesos continuos, no hay una reproducción mecánica de hechos. Se trata de una amalgama de factores que van de las condiciones del terreno a las de la biografía personal, pasando por la historia social. Todos estos factores cargados a su vez de casualidades, condicionamientos, rupturas, terquedades, y de reacciones humanas inentendibles. [...] No podemos señalar dónde comienza lo geográfico, lo antropológico o lo económico para dar



paso a lo histórico o a lo social. No estamos hablando de dientes ni de construcciones tan concretas como un puente o una presa. Lo regional es la vida; la individual y la colectiva, la de ayer y la de hoy, la de la recámara y la de la plaza pública, la de las ciudades y la del campo (Fernández Christlieb, 1991: 22-23).

El trabajo de Fernández Christlieb es producto del que quizá sea el intento más intenso y estimulante que se haya dado dentro del campo académico de la comunicación en México o, más concretamente, de la investigación de los medios de difusión, para abordar y coordinar interdisciplinariamente estudios regionales. El concepto central fue el de identidad, definido en términos socioculturales, como interpretación asumida subjetivamente de la vida por los actores individuales y colectivos de la radiodifusión de provincia. Dado que, estructuralmente, la historia de la radiodifusión mexicana es en buena medida la historia de su centralización y concentración, la pregunta por los sistemas de relaciones sociales multidimensionales que explican tanto las homogeneidades como las diferencias que se pueden documentar en la radio mexicana remitía directamente a los procesos de regionalización y desregionalización, es decir, a la continua tensión entre las fuerzas que impulsan la primacía de los caracteres regionales y las que tienden a imponer los factores de escala nacional, e incluso transnacional.

Otro punto de partida coincidente, menos relacionado con la historia y la antropología y más con la economía y la política puede ser la estrecha relación conceptual y práctica que se descubre entre descentralización y regionalización. Para Sánchez Ruiz, uno de los primeros en ocuparse de estos problemas en el campo académico de la comunicación en México,

[...] el proceso de descentralización en diversos órdenes de la vida social mexicana no está obedeciendo a imperativos nacionales reales, o regionales, o a demandas y urgencias de la "periferia", acompañando a su vez a un proceso de democratización y redistribución de riqueza y poder entre las regiones de México, sino como simple reacción masiva, en el centro, que intentaría repartir sus problemas entre los estados que "se dejen" (Sánchez Ruiz, 1987: 12).

Un análisis de la centralización de los medios de difusión en México, sobre todo basado en factores económicos y políticos, llevó a Sánchez Ruiz a afirmar que:

La estructura de los medios mexicanos de difusión constituye una “matriz de centralizaciones”, que comienza con el grado más alto de poder ubicado en la ciudad de México, pasando después a incluir, pero lejanamente, algunas ciudades como Guadalajara y Monterrey y, en general, las capitales de los estados, aunque con un alto grado de correlación con la riqueza y poder de las entidades. A su vez, en cada uno de los medios hay otra dimensión centralizadora en la concentración (variable) de la propiedad y el control (Sánchez Ruiz, 1987: 53).

Este aporte puede considerarse casi exactamente complementario con el de Fernández Christlieb, en tanto que en el estudio histórico-estructural de los medios nacionales lo centralizado se opone casi simétricamente a lo regional y que desde ambas perspectivas (partir de centralización o de regionalización) importa mucho analizar la dinámica histórica de la articulación entre procesos de descentralización/regionalización y de centralización/desregionalización.

La noción de matriz de centralizaciones, propuesta por Sánchez Ruiz, es también útil para ilustrar cómo los patrones de estructuración se reproducen cambiando de escala espacial en el país. En cuanto a medios de difusión al menos, pero por razones que provienen de factores más generales, se postula una tendencia a la concentración diríase que concéntrica en que, por ejemplo, Guadalajara resulta ser periferia (regional) con respecto al centro Distrito Federal (nacional), al mismo tiempo que centro (regional) con respecto al estado de Jalisco y quizá áreas circunvecinas de otros estados (periféricos o locales). En este esquema, las relaciones jerárquicas de dominación guardan un alto grado de correlación con la riqueza y poder, es decir, con factores económicos y políticos, que determinan la estructura y desarrollo de los medios de difusión, objeto de estudio de estos trabajos. Fernández Christlieb, en el mismo sentido, trabaja sobre la noción de centralidades.

Pero así como se plantean relaciones de simetría o complementariedad en las perspectivas desde la centralización o desde la regionalización, hay también diferencias muy notables de enfoque en cuanto a la selección de rasgos (o dimensiones) consideradas pertinentes en uno u otro caso. Fernández Christlieb enfatizaba los factores de la dimensión cultural de las identidades regionales, mientras que Sánchez Ruiz privilegiaba los factores económicos y políticos de las determinaciones estructurales de la centralización. Así se puede identificar otro eje de tensión para la explicación de los procesos de desarrollo de los

medios de difusión en México, que ambos autores consideraban en sus respectivos análisis. Para Fernández Christlieb,

[...] si la relación entre el centro y las regiones ha sido conflictiva a lo largo de la historia de México, no es razonable hablar en abstracto o por decreto de la necesidad de articular lo nacional con lo regional. Es necesario, por el contrario, tener siempre presentes los elementos de tensión, saber identificarlos y poder analizar sus mutaciones a través del tiempo. Esto no es posible si no introducimos categorías que den cuenta de la discontinuidad, de la ruptura, de las líneas de fuerza tendidas a lo largo del territorio nacional (Fernández Christlieb, 1991: 59).

Siguiendo en esto a Lacoste en contra de La Blanche, y luego a Foucault, Fernández Christlieb aborda el conflicto entre lo regional y lo nacional desde el poder y sus representaciones discursivas. Resulta particularmente interesante que en los años cincuenta “la provincia, así autonombrada, lucha radiofónicamente contra el centro” en México (Fernández Christlieb, 1991: 62), pero más aún la conclusión autorreflexiva de que “la interrelación de diferencias plantea serios problemas teóricos. Es mucho más tranquilizador estudiar lo que ocurre dentro de una sola entidad federativa; ahí ni siquiera hay que dar cuenta de las semejanzas con los del estado vecino, eso sería entrar a las identidades y culturas regionales y no es fácil” (1991: 177). Sánchez Ruiz, por su parte, advierte desde la perspectiva histórico-estructural que “en general, las oportunidades de recepción de mensajes están bastante más distribuidas en México que las de emisión, siempre mediadas por la riqueza (a nivel individual y colectivo)”, y relaciona su análisis de la descentralización con la democratización de la vida nacional:

Puede parecer obvia la necesidad de una discusión aquí sobre las perspectivas de la descentralización de los medios de difusión en México. Sin embargo, dados los nexos íntimos e indisolubles de la estructura de los medios en el país con la economía y la política, creemos que la descentralización de medios no puede sino ir de la mano de un proceso general de desconcentración y descentralización (o “desconcentralización”), y de democratización de la sociedad mexicana (Sánchez Ruiz, 1987: 55-56).

Pero el “renacimiento del espíritu federalista” y un “despertar de la sociedad civil” (Sánchez Ruiz, 1987: 56), que cuentan entre las condiciones de la descentralización, no son factores que correspondan a las dimensiones económica y política de la vida social, sino a la cultural, a

la esfera de articulación entre las representaciones y las interacciones sociales, que metodológicamente son, aquí también, en términos de emergencia de identidades regionales, difíciles de abordar. No obstante, esta breve revisión de dos trabajos pioneros de dos investigadores mexicanos de los medios y la comunicación, a pesar del tiempo transcurrido, sigue indicando quizá la posibilidad de desarrollar estudios socioculturales de la comunicación que, sea desde la perspectiva de la centralización/descentralización o desde la perspectiva regionalización/desregionalización, permitan avanzar en la consideración articulada de los factores culturales y los económicos y políticos, así como de los históricos y los territoriales en este campo.

Sin embargo, como lo apuntan claramente ambos autores en los trabajos citados, para ello es necesario investigar, además de los radiodifusores a los radioescuchas, y los estudios de recepción comunicacional indispensables para determinar los rasgos definitorios de las identidades y las diferencias regionales, que hasta entonces eran todavía más incipientes que los de emisión, parecieron haber dejado ya apuntadas, desde hace veinte años, las líneas sobre las cuales se puede construir, conceptual y empíricamente, un estudio más comprensivo y profundo de la estructuración (y desestructuración) comunicacional de las identidades regionales a través de los medios de difusión, y de la relación complementaria: cómo la tensión entre prácticas regionales y centrales determina transformaciones en los procesos concretos de regionalización y sus productos. Los estudios, por ejemplo, de Gómez Vargas (1998, 2000, 2004, 2010) en la ciudad de León, de Padilla (2004, 2007, 2009) en Aguascalientes, o de González Hernández (2004) en Tijuana, son buenos ejemplos de este tipo de proyectos.

## REGIONALIZACIÓN Y GLOBALIZACIÓN SOCIOCULTURAL

Si bien en cualquier contexto el concepto de región es relacional, pues se define como una área recortada según ciertos criterios de una porción territorial mayor (por lo general un estado-nación), en términos socioculturales se han presentado, en las últimas décadas, crecientes razones para definirlo tanto en escalas supranacionales como subnacionales. Los estudiosos de la comunicación, ya desde fines de los años ochenta, por ejemplo Mattelart y Mattelart, advertían que:

[En la última década] las realidades de la “comunicación” han evolucionado considerablemente, según lo demuestran los procesos de privatización y de desreglamentación de las instituciones audiovisuales y de las redes de telecomunicaciones, la construcción de un sistema de “comunicación-mundo” en el contexto de una “economía-mundo”, en el sentido braudeliano del término, y la mercantilización de sectores (cultura, educación, religión, sanidad, etc.) que habían permanecido, hasta entonces, al margen del circuito comercial y que apenas se habían visto afectados por la ley del valor (Mattelart y Mattelart, 1987: 21).

La construcción de esta comunicación-mundo, expresión braudeliana utilizada tanto por Mattelart (1993) como por Pasquali (2011) en el título de sendos libros en que, cada quien a su manera, reconoce la complejidad no sólo de las realidades socioculturales que abordan los estudios de comunicación, sino también, necesariamente, las dificultades para conceptualizar tales realidades y recortar metodológicamente dimensiones o aspectos pertinentes de ellas para la investigación, puede servir para cerrar esta reflexión referida a la determinación espacio-temporal, de distintas escalas, en la que se sitúan los procesos históricos manifiestos como sistemas de comunicación.

Es evidente que en los últimos años la acelerada expansión de la capacidad tecnológica de codificación y difusión informativa y la consecuente digitalización de cada vez mayores porciones de la operación cotidiana de los sujetos, por una parte, y por otra, la recomposición de los sistemas de interpretación del mundo, antes localizados y cada vez más globalizados en un proceso que se dice tiende a la homogenización cultural, han cambiado radicalmente el modo predominante de producción social del sentido.

Este proceso de recomposición del mundo y sus representaciones ante y desde los sujetos dista mucho de estar concluido como transición histórica y se caracteriza, más que por otra cosa, por las contradicciones multidimensionales que lo constituyen y que exacerba. Los usos y los recursos informativos se articulan cada vez con mayor complejidad a los poderes económicos, políticos y culturales y la diversidad de sistemas cognitivos y axiológicos se ve al mismo tiempo cercada por la racionalización y la radicalización: por la reducción a una sola lógica universal y utilitaria, y por el repliegue defensivo e intolerante a los rasgos diferenciadores de las identidades. La producción en común de sentido, mecanismo fundamental de la socialidad humana, se ve así forzada a operar instrumentalmente desde la racionalidad de poderes

ejercidos a escalas globales y cada vez más impersonales o descentrados de la subjetividad, y desde la reafirmación del dominio de las particularidades locales, cerradas al intercambio más allá de ciertos límites tradicionalmente definidos, que al verse amenazados, se estrechan.

Las telecomunicaciones están en el centro de este proceso, son una de sus condiciones de posibilidad. Los sistemas telemáticos, síntesis de las comunicaciones a distancia y el procesamiento automático de la información, abarcan cada vez más esferas de la actividad humana. Productos de la tecnología informacional, estos sistemas representan el mito fundacional del nuevo orden mundial, el del control sobre la interconexión total y la eficiencia como criterio al mismo tiempo cuantitativo y cualitativo. La interacción entre sujetos, cada vez más mediada tecnológicamente, tiende a disolver el sentido en la objetividad: la comunicación se reduce a la actualización del sentido unilateralmente generado y difundido o, en el mejor de los casos a la incorporación por el sujeto de las condiciones de operación del sistema, no siempre más amplias que las del entorno natural del sujeto.

No obstante, la posibilidad de saltos cualitativos en la interacción subjetiva para la producción de sentido sobre las prácticas socioculturales comienza a ser real para mayor número de sujetos en mayor número de situaciones, conforme avanza la tecnología y las condiciones de su operación por el sujeto rebasan las disponibles al margen de ese sistema. Los ejemplos actuales son múltiples y la adaptación cultural sorprendente en muchos de ellos. Si es correcta la imagen de la transición, habrá que imaginar sus límites: qué tipo de interacciones comunicativas no podrán ser mediatizadas tecnológicamente en el futuro inmediato, así sea por razones económicas, sentimentales o de cualquier otro género, en términos del sentido más pleno de la existencia.

En este sentido, los procesos de regionalización de la comunicación implican nuevas relaciones tanto en la escala supranacional de la globalización como en las subnacionales del regionalismo. Así, puede decirse que en los últimos años, ambas temáticas han irrumpido en el campo de la comunicación rebasándolo claramente, tanto en sus ya imprecisos límites disciplinarios que acaban haciéndose pedazos, como en cuanto a sus recursos académicos, que se muestran cada vez más precarios para dar cuenta de las transformaciones en curso; la temática de la globalización, que exige consideraciones macrosociales, sobre todo económicas y políticas, y la temática de las identidades, que

remite a enfoques microsociales, sobre todo políticas y culturales. Queda sin duda mucho trabajo por realizar, comenzando desde la más básica conceptualización.

## REFERENCIAS

- FELAFACS. (1983). *La formación universitaria de comunicadores sociales en América Latina*. Guadalajara: FELAFACS/ITESO.
- \_\_\_\_\_. (2009). *Mapa de los centros y programas de formación de comunicadores y periodistas en América Latina y El Caribe*. Informe Final. Lima, Perú: FELAFACS/UNESCO.
- Fernández, F. (1991). *La radio mexicana, centro y regiones*. México: Juan Pablos.
- García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo/CONACULTA.
- Giddens, A. (1984). *The Constitution of Society*. California: University of California Press.
- Giménez, G. (1999). Territorio, cultura e identidades: la región socio-cultural. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas II Época*, 5(9), 25-57. Colima: Universidad de Colima.
- \_\_\_\_\_. (2003). La investigación cultural en México. Una aproximación. En Valenzuela Arce (Coord.), *Los estudios culturales en México*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gómez Vargas, H. (1998). *Memorias suspendidas. Orígenes de la Radio en León*. León, Guanajuato: Universidad Iberoamericana-León.
- \_\_\_\_\_. (2000). Para pensar la comunicación en las regiones. La gestación de ofertas culturales y públicos cinematográficos en León. *Anuario CONEICC de Investigación de la Comunicación VI*, 115-138. México: CONEICC.
- \_\_\_\_\_. (2004). *Todas las mañanas del mundo. Transformaciones en la cultura local y medios de comunicación. La experiencia de las mujeres con el cine en la ciudad de León, Guanajuato (1955-1975)*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Colima: Universidad de Colima.
- \_\_\_\_\_. (2010). *Jóvenes, mundos mediáticos y ambientes culturales. Los tiempos del tiempo: la ciudad, biografías mediáticas y entornos familiares*. León, Guanajuato: Universidad Iberoamericana-León.
- González Hernández, D. (2004). *El sueño americano en México. Televisión estadounidense y audiencias juveniles en Tijuana*. Tesis de Maestría en Comunicación. Guadalajara: ITESO.

- González y González, L. (1983). Peculiaridades históricas del oeste mexicano. *Encuentro*, 1(1), 5-26. Guadalajara: El Colegio de Jalisco.
- Martínez, C. (Coord.). (1990). *Balance y Perspectivas de los Estudios Regionales en México*. México: CIHH UNAM/MA Porrúa.
- Mattelart, A. (1993). *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*. Madrid, España: FUNDESCO.
- Mattelart, A. y Mattelart, M. (1987). *Pensar sobre los medios. Comunicación y crítica social*. Madrid, España: FUNDESCO.
- New Encyclopaedia Britannica. (1990). *Micropaedia*, Vol. 9. Chicago: University of Chicago.
- Padilla, M. R. (2004). *Relatos de telenovelas. Vida, conflictos e identidades*. Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes/Universidad de Guadalajara.
- (2007). Una nueva *socialité* llegó: historia de la recepción televisiva de la ciudad de Aguascalientes. *Comunicación y Sociedad*, no. 7 Nueva época. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- (2009). *Perfiles socioculturales de ciudadanía. Identidades urbanas y geografías mediáticas. Estudio de cinco escenarios en la ciudad de Aguascalientes*. Tesis de Doctorado en Estudios Científico-Sociales. Guadalajara: ITESO.
- Pasquali, A. (2011). *La comunicación-mundo. Releer un mundo transfigurado por las comunicaciones*. Sevilla, Salamanca, Zamora: Comunicación Social.
- Sánchez Ruiz, E. (1987). *Centralización, poder y comunicación en México*. Guadalajara: CEIC Universidad de Guadalajara.
- (1990). Los estudios regionales sobre medios de difusión en México y la centralización (o de lo difícil y prolífico que resulta hablar de casi nada). En Martínez Assad (Coord.), *Balance y perspectivas de los estudios regionales en México*. México: CIHH UNAM/MA Porrúa.
- UNESCO-ISSC. (2012). *Informe sobre las ciencias sociales en el mundo (2010): Las brechas del conocimiento*. México: UNESCO-ISSC/Foro Consultivo Científico y Tecnológico/Consejo Mexicano de Ciencias Sociales.
- Vassallo de Lopes, M.I. (Coord.). (2012). *Posgrados en Comunicación en Iberoamérica. Políticas nacionales e internacionales*. São Paulo, Brasil: PPG ECA USP/CONFIBERCOM. ✱